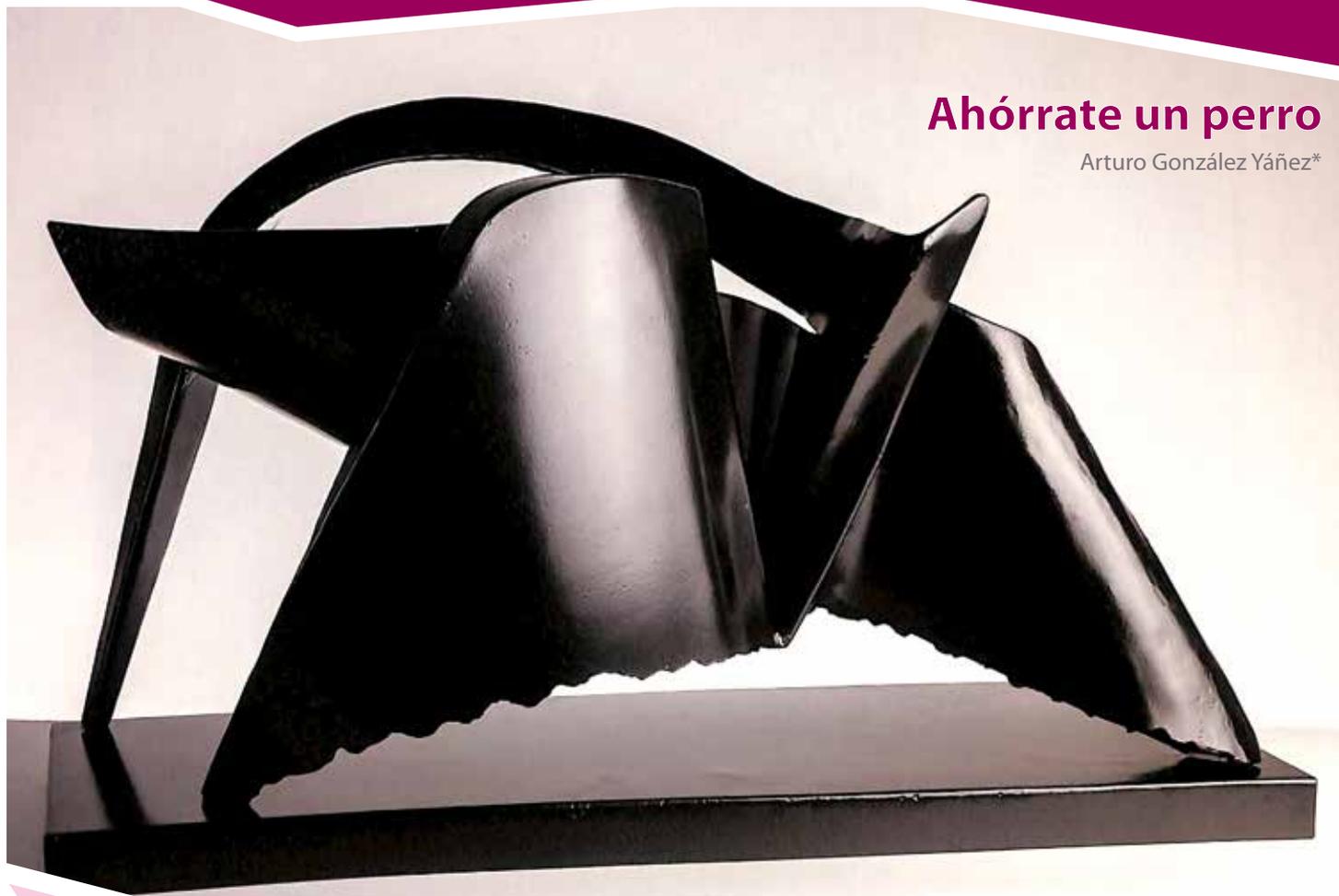


Ahórrate un perro

Arturo González Yáñez*



Maqueta de polvo de estrellas, Acero al carbón, 2013, 44 X 50 X 25 cm.

Fer caminó a trompicones por las calles de la Morelos. La gente se hacía a un lado al verlo venir. Por momentos daba la impresión que se daría por vencido y caería sobre la acera de bruces. Su estado era deplorable. Antes se veía mal, pero ahora, ensangrentado, sucio y terregoso, se veía peor, como un vagabundo o un borrachales consumado. Pese a todo, una fuerza sobrehumana lo mantenía en pie permanentemente, aunque no lo haría por mucho tiempo. Siguió caminando hasta que un terrible dolor en las costillas, a la altura del hígado, lo venció e hizo que cayera de rodillas. Se quejó y lloró como no lo había hecho en años. Trató de recordar algún momento bonito de su vida, pero no pudo. De nuevo se le venían a la cabeza imágenes de gente muerta, destazada... Sacudió la cabeza para desprenderse de esas alucinaciones, pero no podía deshacerse de ellas, de la expresión de las personas cuya existencia había sido ultrajada... Entonces comenzó a sentir tantas náuseas que le sobrevino un ataque de tos que degeneró en uno de vómito. Alzó la cabeza, respiró hondo y volvió a llorar como nunca, como siempre, como muy seguido lo haría. "Ya no más",

Antes se veía mal, pero ahora, ensangrentado, sucio y terregoso, se veía peor, como un vagabundo o un borrachales consumado.

Volvió a beber y las ideas se quedaron en el pico de la botella. Quería hablar con alguien. Necesitaba conversar con alguna persona conocida, pero no tenía en mente a ninguna. Estaba solo.

pensó. “Dios mío, ayúdame... ayúdame...” Y su voz se fue confundiendo con su llanto hasta que se quedó dormido sobre la banquetta, inconsciente, como muerto... por muy poco tiempo.

Una mano lo agarró por el cabello y lo levantó de un tirón. Fer, aturdido y angustiado, trató de zafarse tirando al aire varios manotazos, pero no podía hacer nada. Entonces una voz gruesa le habló imperativamente: “Lárgate de aquí, cabrón —exigió el sujeto—. ¿Quieres que llame a la tira?”, remató. Fer sintió que un profundo miedo se apoderaba de él, volteó a ver al tipo y negó con la cabeza muerto de miedo. El tipo lo empujó y Fer se estrelló contra la pared, pero su primera reacción fue comenzar a alejarse del sujeto ese, paso a paso, luego a grandes zancadas, como hacía horas lo había hecho. De pronto, ya no supo de sí hasta que se encontró bebiendo a pico de botella a unos pasos de una vinatería. Bebía como si en ello le fuera la vida... Tras varios tragos, sintió que recuperaba las fuerzas, que el mundo volvía a tener forma. Sobre todo, volvía a sentir un atisbo de serenidad. Le dolía todo el cuerpo. Sentía golpes por todos lados, en las piernas, en el abdomen, en las costillas, en la nuca, en la cara. Ahora respiraba tranquilo. Repentinamente, mientras bebía otro gran trago, una idea lo asaltó... “¿Cómo había llegado a ese lugar? ¿Qué le había pasado?”, se preguntó. Volvió a beber y las ideas se quedaron en el pico de la botella. Quería hablar con alguien. Necesitaba conversar con alguna persona conocida, pero no tenía en mente a ninguna. Estaba solo. Tenía la vaga idea de que había estado solo ese día, de que había vivido solo desde hacía mucho. Otro trago. El mundo se compuso un poco y, tras abrir más los ojos y mirar al cielo, pensó que la vida no era tan

mala. La luz de la calle se volvía más brillante, más alegre. Volteó hacia la vinatería y en ella vio la luz al final del túnel. Dio un trago más mientras seguía viendo hacia el mismo lugar. Otro más y acabó con la botella. Comprobó que no le quedara ni una gota, se metió la mano en el bolsillo, sacó unos billetes y, tambaleante, se perfiló hacia la vinata, de donde salió con dos botellas de un miserable mezcal de marca impronunciable, más aún para un ebrio. Se alejó un poco, se sentó en el mismo lugar donde había bebido la botella anterior, abrió una de las del mezcal y dio un larguísimo trago. Una lágrima le salió de uno de sus ojos, moqueó un poco, se limpió con el antebrazo y dejó caer su cabeza, como quien ha sido vencido.

Al abrir los ojos, estaba tocando fuerte la puerta de la casa de una vieja amiga. Aún no tenía claro dónde estaba ni qué había ido a hacer ahí, pero por alguna razón golpeaba con fuerza con la mano derecha, en la izquierda llevaba la otra botella de mezcal de la agarradera. Pasaron varios minutos antes que saliera una mujer joven, morena, de estatura baja y obesa, de nombre Rebeca. “¿Qué onda? ¿Qué haces aquí, Fer?”, preguntó alarmada. “¡Mira cómo andas! Mis papás están encabronados. Dicen que si no te vas, van a llamar a la policía”, remató. “Ya me voy, ya me voy”, farfulló Fer. “No, pérate... ¿Dónde has estado? ¿Qué pasó en casa de Esteban?”, inquirió Rebeca mirando atentamente su reacción. “¿De... de Esteban?”, contestó titubeante. “Sí, me dijeron que te vieron. ¿Qué pasó?”, lo miró intrigada esperando respuesta. Él la vio con la mirada perdida, como quien trata de recordar algo que no puede o no quiere. “¿Que qué pasó?”, dijo. “¿Te metiste algo?, —dijo ella mientras miraba la botella—. ¿Qué estás tomando?”, se acercó para tocarlo, pero él retrocedió tenso, nervioso y puso a salvo la botella de mezcal que tenía en la mano. Luego retrocedió unos pasos y comenzó a alejarse. “Pérate, Fer... No te vayas. ¿Quieres que te acompañe?”, dijo Rebeca inútilmente al tiempo que él negaba con la cabeza y se alejaba en la oscuridad de la calle. Una esquina después se detuvo, abrió la garrafa de mezcal y dio un largo trago. Se limpió la boca con el antebrazo y volvió a ingerir más. Tal fue la sensación de alivio y tranquilidad que sintió que cerró los ojos y respiró hondo. Sus pulmones se llenaron de aire, su corazón volvió a latir con tranquilidad y, cuando abrió los ojos, estaba frente a la casa de la que hasta hacía poco había sido su novia. Un perro ladraba fuerte y enloquecido al interior de la casa.

Erika lo dejó entrar sin renuencia. Se le veía harta y fastidiada y no se preocupaba por disimularlo. Le repitió una y otra vez que no quería que



Sin título, Acrílico/tela, 2013, 180 x 180 cm.

la visitara, que lo suyo había sido un error, que debería hacer su vida lejos de ella y buscar a alguien que quisiera hacerse cargo de un niño idiota y berriuchudo. Él le dijo, arrastrando la lengua como habla la gente ebria, que no tenía dónde ir, que le dejara echarse un coyotito, que estaba mal, muy mal y cansado. Erika lo miró mordaz, respiró hondo y, muy a su pesar, dejó que se quedara. Mencionó que no quería que se metiera con Scotty, su perro, que no le iba a permitir que se pasara de listo con su mascota como había hecho en el pasado. Él aceptó. Antes de regresar a dormir, Erika le advirtió que tenía que irse temprano pues iría al entierro de uno de sus tíos y que no podría quedarse mucho tiempo ahí. Fer se sentó en el sillón, abrazó la botella de mezcal, no sin antes darle un trago, y se quedó dormido. Erika lo vio molesta consigo misma, se anudó fuerte el cordón de la bata de dormir que llevaba puesta y caminó hacia su cuarto.

Fer abrió los ojos y la luz lo lastimó. Trató de ponerse de pie, lo que no pudo hacer y, de inmediato, sintió un intensísimo dolor de cabeza y vértigo. Sus manos temblaban como nunca y su corazón estaba más que acelerado. Entre el dolor de cabe-

za, la temblorina, el vértigo y la taquicardia no podría aguantar mucho tiempo. No recordaba haber sentido tanto dolor nunca antes en su vida ni que el mundo se le moviera tanto. Con los ojos entrecerrados, volteó a todos lados y en un primer momento no reconoció el lugar. ¿Dónde estaba? No tenía la menor idea. De nuevo, trató de reincorporarse, pero esta vez le dolió todo el cuerpo. Gimió. Se restregó la palma de las manos contra su cara y se preguntó varias veces qué había pasado... No recordaba nada. De pronto, Erika salió del pasillo que da a los cuartos vestida de negro y se encontró de frente con Fer. Detrás de ella salió Scotty, ladrando fuerte al intruso. "¡Qué bueno que ya te despertarse! ¡Hora de largarse!", dijo. Él la vio impactado. Erika se encogió de hombros y le reprochó que no entendiera; que no supiera controlar su manera de beber; que no fuera consciente de todo lo que había perdido; de todo lo que le había pasado por andar de borracho; que de nada le había servido ser tan inteligente si siempre terminaba haciendo estupidez y media. Él la escuchaba con la cabeza baja, más por el dolor que por una suerte de sincero arrepentimiento. Su noviazgo con Erika había sido bueno, muy bueno, pero no lo entendía. Siempre trataba de moralizar sus accio-



Aire de parecerse, Acero inoxidable, 2009-2019, 120 x 100 x 20 cm.

nes y él no podía tolerar que lo tratara como si fuera un pendejete. “Ándale, qué esperas...”, dijo enfática. Fer temblaba mucho por la cruda, aunque sabía perfectamente que aún estaba ebrio. “Deja me quedo a dormir, Ika. Me siento mal, muy mal”, susurró. “¡No, no, no...! ¡Lárgate! No tienes nada qué hacer aquí. No somos nada. ¡¿Entendiste?! Es más, nunca debí haber dejado que te quedaras. Fue un error”, dijo mientras agarraba de malas su bolsa. Scotty no paraba de ladrar. “Te juro que cuando regreses me voy. Dame chance de quedarme, por lo que más quieras. No he comido, necesito bañarme. Por favor, Ika”, terminó su retahíla de súplicas. Erika lo miró desconfiada, sopesó lo que podía hacer y, al final, después de respirar hondo, terminó asintiendo. “Está bien... Quédate un rato más, pero no quiero que hagas ninguna tontería y mucho menos que te metas con Scotty. ¿De acuerdo?”, dijo mirándolo fijamente. Fer levantó el brazo derecho y asintió: “Palabra de indio, Ika”. A Erika le molestó que Fer la siguiera llamado como cuando eran novios y ella lo adoraba... no, no lo adoraba, lo veneraba, pero no se pondría a discutir con él sobre eso cuando estaban a punto de enterrar a su tío, así que agarró las llaves de la casa, las del coche y salió casi corriendo. Fer se recargó en el sillón, respiró profundamente y agarró su garrafa de mezcal que estaba bajo los cojines. Juró para sí que sólo sería un trago pequeño, para quitarse el malestar que tenía encima. Destapó la garrafa y

le dio un par de pequeños tragos. De pronto, sintió cómo su cuerpo comenzaba a volver a la vida y los infinitos temblores empezaban a desaparecer, lo mismo que la náusea y el vértigo. Después de unos segundos, volvió a mirar la botella y algo en su interior lo movió a beber de ella, como si fuera agua, hasta casi vaciarla. En poco tiempo el mundo había cambiado y era mejor. ¡Ahora sí, a bañarse! Scotty ladraba. De modo que se detuvo, volteó a ver al perro y le gritó: “¡Cállate, estúpido perro! ¡Cállate!”

Fer hizo un alto antes de entrar al baño. Recordó dónde escondía Ika las botellas de alcohol para que él no se las bebiera. Se dirigió al cuarto de ella y lo encontró cerrado. En vano le dio varias veces la vuelta a la perilla. Ika le había echado llave. Sin pensarlo, fue al armario donde guardaba las herramientas, cogió un martillo y deshizo la chapa a bola de golpes. El perro ladraba, enfurecido. Fer no se molestó en voltear a verlo. Fue directo al clóset, movió algunas cajas de zapatos que había en el piso y detrás de ellas halló algunas botellas, tanto de vodka como de whisky. Suspiró feliz y agarró una. Mientras caminaba al baño, la abrió, tiró la tapa y bebió whisky a pico de botella.

Se puso a cantar mientras se bañaba. Bebía con devoción. El mundo estaba más que compuesto. Ya no le dolía nada, bueno, casi nada. Pero unos

Con los ojos entrecerrados volvió a darle un gran trago a la botella, pero esta vez su organismo no reaccionó bien y comenzó a vomitar una y otra vez.

buenos pegues de whiskey le arreglarían la vida. Sonreía. De vez en cuando comenzaba a cantar una rola de los Caifanes: "Mátenme porque me muero... Mátenme porque no puedo..." A lo lejos oía los ladridos de Scotty. "Pinche perro, hijo de la chingada", interrumpió su concierto para vituperarlo. Tardó un rato más en bañarse, casi el mismo tiempo que tardó en terminarse la botella. Al salir, sintió que el mundo se le venía encima. Trastabilló y casi cayó de bruces. Pensó que necesitaba otro trago. Serpenteando, logró llegar al clóset de Ika. Agarró una botella y la destapó. Con los ojos entrecerrados volvió a darle un gran trago a la botella, pero esta vez su organismo no reaccionó bien y comenzó a vomitar una y otra vez. "Mierda", pensó. Scotty ladraba con más ganas. Nunca lo había querido, pero esta vez sus ladridos le retumbaban en la cabeza. "Ya cállate, pinche perro de mierda. ¡¿No entiendes?!", trató de gritar, pero las palabras apenas si le salieron. No lo soportaba y no aguantaría más que siguiera ladrando. "Ya cállate pendejo", le gritó al tiempo que le tiró un buen bofetón. Sin embargo, ocurrió algo que jamás hubiera esperado. Scotty le pescó la mano y se la prensó. En la mordida se le fueron años de maltratos e insultos. Atónito, no alcanzó a reaccionar sino hasta que sintió un terrible dolor, como si le fueran a arrancar toda la mano. Entonces gritó a todo pulmón y trató de zafarse del perro sacudiéndolo. Éste se columpiaba de un lado a otro hasta que salió volando... Furioso con el animal, fue hasta donde cayó Scotty y no le dio tiempo de recuperarse. Comenzó a patearlo con saña. Para desgracia del perro, la muerte no llegó rápido en su auxilio. Fer lo pateó hasta cansarse, pero no lo mató. Scotty respiraba dificultoso y no dejaba de emitir sonidos agónicos que Fer no pudo tolerar, así que caminó a la cocina, agarró un cuchillo, re-

gresó a la sala, tomó al perro del lomo, lo alzó y le metió una y otra vez el cuchillo por el hocico hasta que el terrier quedó muerto. Fer lo dejó caer con el cuchillo en el hocico. Vio el desastre que había dejado en el lugar y maldijo su suerte. "Pinche perro, jijo de tu reputa madre. ¿Ya viste lo que me hiciste hacer?", dijo para sí. Luego bebió un trago. Se le ocurrió que debía limpiar el lugar para que Ika no se diera cuenta de lo que había pasado. Después llevaría el perro a un basurero y lo tiraría. Así que fue por una de las jergas que estaban a un costado del armario y vio algo que llamó su atención: ¡Un frasco de thinner! Casi el paraíso. Lo miró, agarró la botella, la abrió y la olió. "Ahhh, no mames...", dijo mientras inhalaba saboreando el elixir. Humedeció la jerga, se la llevó a la nariz y respiró fuerte. "Ahhh, no mames..., de poca", susurró. De pronto, el mundo había adquirido otro aspecto, cerró los ojos, se recargó en la pared más cercana y volvió a inhalar en varias ocasiones. Con la "mona" en la boca, fue a la sala, se sentó en el sillón, encendió el televisor, se sentó ante él y remotamente recordó que debía hacer algo con el perro. "Pinche perro, ojaldra", alcanzó a decir. "Al rato veo qué pedo con él", pensó. Sin advertirlo, había olvidado todo lo que había hecho, pero no la mona que llevaba en la mano. Con ella, se quedó dormido mucho, mucho tiempo hasta que unos gritos de terror lo hicieron reaccionar.

*Profesor en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Guionista y escritor.

Fecha de recepción: 2015-07-13
Fecha de aceptación: 2016-04-02